



NUM. 47

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 22 DE NOVIEMBRE DE 1865.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VII.

REVISTA DE LA SEMANA.



vinieron los embajadores cochinchinos, enviados por el grande emperador Tu-Duc, con una mision extraordinaria, cerca de los gobiernos español y francés. Son grandes personajes de la corte de Hué, á quienes se han hecho en Alicante y en Madrid todos los honores correspondientes á su alta categoría, de los cuales se muestran muy satisfechos. El miércoles fueron recibidos en palacio en audiencia solemne, y en seguida comenzaron las negociaciones y conferencias con el ministro de Estado. El señor marqués de Miraflores, que hoy empuña con mano firme el timon de este departamento, ha estudiado á fondo la cuestion cochinchina y las costumbres é historia de aquel país, para proceder con acierto en las tales negociaciones.

Dícese, aunque no nos atrevemos á afirmarlo decididamente, que es ley del imperio de Annam, que se corte la cabeza á todo embajador que vuelva á la corte sin llevar un satisfactorio resultado de su mision. Si esto es verdad, el señor marqués de Miraflores debe indagar cómo han quedado los embajadores en la corte de Francia; porque si de allí no han salido satisfechos y al fin les han de cortar el cuello, todo cuanto se trate aquí será escusado. Por otra parte, si el resultado de su mision en Francia ha sido para ellos satisfactorio, resultará que el señor marqués de Miraflores tiene hoy como si dijéramos en sus manos las cabezas de los enviados annamitas, y puede conservarlas en sus troncos ó hacerlas caer á los pies del emperador Tu-Duc. ¡Diablo de imperio en que se corta la cabeza á los embajadores que lo hacen mal! ¡Bueno andaria el negocio si en Europa se imitase esta conducta! Nosotros, puestos

en el caso de tener que adoptar esta ley bárbara é inhumana, la aplicaríamos solamente á aquellos embajadores que se portasen notablemente bien. De este modo estaríamos seguros de vernos poquitas veces en el trance terrible de dar que hacer al verdugo; cuanto mas que un hombre no puede muchas veces, aunque quiera, desempeñar satisfactoriamente la comision que se le encarga; pero desempeñarla mal, todos podemos.

Las noticias que por el último correo se han recibido de Santo Domingo, son muy graves. No obstante que nuestras tropas y las milicias del país han salido vencedoras en todos los encuentros que han tenido con los rebeldes, la insurreccion continúa y se propaga; los negros incendian todos los edificios allí donde penetran; y la despoblacion del país, las grandes distancias, los accidentes del terreno y el clima, son graves obstáculos con que nuestras fuerzas tienen que luchar. Sobre esta cuestion de Santo Domingo, ya hemos dicho lo que debia hacerse; y lo primero que hemos aconsejado ha sido enviar tropas, no de mil en mil hombres, sino de diez mil en diez mil. Nada añadiremos sobre las causas que han traído la insurreccion y la han hecho aumentar, porque muchas de ellas son políticas, y seria internarnos en terreno vedado. Solamente emitiremos nuestra opinion de que á pesar de la gravedad de estas noticias, la insurreccion será sofocada mas ó menos prontamente, si el nuevo capitán general, que ha tomado ya posesion de su mando, adopta las disposiciones que son de esperar, y se encuentra provisto de los medios necesarios para llevarlas á cabo.

Muley-el-Abbas sigue al frente de Melilla, y dicen que ha prometido el oro y el moro para asegurar la paz en adelante entre nuestra plaza y los rifeños. En cuanto al oro, dudamos que los habitantes del Riff, que piden la indemnizacion de las propiedades que deben ser cedidas, vean siquiera un adinar; en cuanto al moro, ya es otra cosa. Nosotros los tendremos á la vista todos los dias, y con el tiempo será preciso volver á conocerlos mas de cerca. Se han devuelto al Abbas los presos que teníamos en Melilla á consecuencia del alboroto que armaron dentro de la plaza, mientras sus camaradas nos atacaban por la parte exterior.

Ninguna otra novedad ocurre por ahora. El emperador Napoleon ha invitado á las potencias que firmaron los tratados de Viena en 1815, á reunirse en un congreso para resolver sobre los asuntos de Polonia. Dudamos que este congreso llegue á reunirse: y si los polacos no sucumben en este invierno, para la prima-

vera y el verano próximos habrá algo mas que reuniones diplomáticas. Entre tanto los rusos se apresuran á fusilar, saquear é incendiar todo cuanto les es hostil, y están ejerciendo una de las tiranías mas odiosas y brutales de que hay mención en la historia.

El domingo último predicó en francés el reverendo padre Félix, de la Compañía de Jesús. El templo de Santo Tomás, donde pronunció su sermón, estaba lleno de una escogida concurrencia, que salió muy satisfecha de la elocuencia del orador. El tema de su oracion fue que no hay felicidad para los pueblos fuera de la creencia cristiana-católica. Hizo al comenzar grandes elogios de España, y luego sobre aquel tema habló durante una hora, que pareció corta á sus oyentes. Damos la enhorabuena al padre Félix, el cual el martes último salió para su país.

El jueves por ser los dias de la reina, hubo gran recepcion en Palacio, y un brillante besamanos. La multitud, favorecida por un hermoso dia, acudió á los alrededores del regio alcázar para ver pasar á los embajadores annamitas. Es grande el deseo que anima á todos de verlos, tanto que hay quien supone que por acudir á verlos perdieron el miércoles los amigos del ministerio una votacion en el Congreso. Y en efecto, las caras cobrizas de los individuos de la raza mogola á que pertenecen estos enviados, son muy dignas de verse, por la espresion de sus rasgos, así como las personas ó mejor dicho, los trages en que van envueltas, son notables por su originalidad.

El jueves estuvieron por la noche en el teatro del Principe y parecieron muy entretenidos con los bailes nacionales. Tenemos entendido que piensan introducirlos en su país para donde salieron ya el viernes.

El miércoles se puso en escena en la Zarzuela la *Vuelta del corsario*, de los señores García Gutierrez y Arrieta. Los autores y los cantantes fueron llamados á la escena y aplaudidos, especialmente la Isturiz, Obregon y Caltañazor. El argumento, bastante sencillo, interesa sin embargo por la hermosa versificación, los bellos pensamientos y la animacion del diálogo. En cuanto á la música, son notables, además de la introduccion, un duo de tiple y barítono y una aria, que canta Obregon y que es muy del agrado del público.

El viernes debió estrenarse en el Principe un drama nuevo con el título de *Los Secretos de la Vida*. Si estos secretos nos enseñan tanto como el *Mundo por dentro*, lucidos quedaremos, aunque tenga buen éxito la obra.

En el teatro de Barcelona se ha presentado de nuevo

la eminente trágica Ristori. Aficionada á la España donde ha tenido siempre tan brillante acogida, deseáramos verla de nuevo en Madrid y alguno de los dramáticos españoles que tan superiormente sabría interpretar.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

COSTUMBRES AFRICANAS.

LOS DEPÓSITOS DE ESCAVOS.

II.

Después de permanecer algunos meses en el Gabon (1), con el objeto principal de aclimatarse, decidió Pablo Chaillu, emprender sus viajes de exploración por el interior; mas movido de la curiosidad, quiso visitar antes en el litoral el cabo Lopez, lugar destinado exclusivamente á la trata de esclavos.

Hizo, pues, sus preparativos, compró una piragua, alquiló treinta negros para que le llevaran el bagaje; y unas veces navegando por la balía, otras por el rio Nazaret, y otras veces, en fin, andando, dió vista á los pocos dias al punto marcado para término de su expedición.

Ya hemos dicho que ese punto, el cabo Lopez, que los portugueses llamaron en otro tiempo cabo de Lope Gonsalvez, está situado á los 36° y 10' de latitud Sur y 40° de longitud, del meridiano de Greenwich.

El tal cabo es una larga y baja punta de arena que penetra en el mar, formando una hermosa bahía, de mucho fondo, de 14 millas. En ella desembocan diferentes riachuelos y especialmente los rios Nazaret y Fetiche (Idolo).

Sobre la orilla del mar, cerca de la embocadura del Nazaret, hay una reducida población, que los europeos apellidan Fish-Town.

Aquella comarca está habitada por la tribu de los orungus, que los negreros llamaron pueblo del cabo Lopez.

Es un territorio admirable, dotado de una vegetación sorprendente: las mas estensas y magníficas praderas cesan para ceder el puesto á espesos bosques de palmeras, y otros árboles útiles. El marfil, el ébano, la cera, etc., abundan poco como artículos de comercio: este se circunscribe á la trata casi exclusivamente.

Segun que se penetra en el interior, el terreno se eleva gradualmente en diferentes series de verdes colinas, especie de avanzadas de una cordillera de montes, como ésta es de una cadena de montañas.

El rey de aquel pueblo, que civilizado podria ser riquísimo, se llamaba Bango, y era, en suma, un negrote borracho, indolente, lascivo, cruel, supersticioso y despótico.

Chaillu se detuvo con sus gentes en dos ó tres cabañas de las muchas que habia al pie de la elevada colina en cuya cima se destacaba orgullosamente el palacio real.

Poco antes de llegar al pueblo, cuando pasaban á alguna distancia de dos ó tres grandísimos cercados, vió salir de ellos y dirigirse á un bosquecillo inmediato, una larga procesion de negros.

Aproximóse algo mas y observó que iban encadenados por el cuello de seis en seis.

Detrás del grupo principal marchaba otro, compuesto de doce hombres que llevaban en hombros á uno de sus compañeros.

Chaillu preguntó qué significaba aquella ceremonia, y sus guías le contestaron que aquellos hombres, como lo probaba la circunstancia de ir encadenados, eran esclavos y que iban á dar sepultura á uno de sus camaradas de cautiverio.

Todo el séquito penetró en el bosquecillo: Chaillu, vencido por la curiosidad, siguió á los negros cautelosamente y vió que llegado al centro de la espesura, donde habia un espacioso claro desprovisto de árboles y de vegetación, depositaron el cadaver en el suelo y se volvieron á su cercado sin mas ceremonia ni cosa que lo valga.

Notó Chaillu que toda la pradera que formaba el centro del bosque blanqueaba, cual si estuviera cubierta de nieve, y aproximándose mas supo á qué tenerse.

Todo ello estaba reducido á que el terreno desaparecia completamente bajo una espesísima capa de osamentas humanas, descarnadas por la acción del tiempo y blanqueadas por la de la intemperie.

Nuestro viajero sintió un estremecimiento de horror y retrocedió, pero calculando que en aquel sitio, cementerio de los miserables esclavos, quedaban para patentizar la barbarie que domina en aquellas comarcas, á muy pocos centenares de leguas de la culta Europa, los despojos de tres ó cuatro mil criaturas.

¡Elocuente protesta que dice cuanto hay que decir contra la incuria y el abandono de los pueblos civilizados!

Ya hemos dicho que Chaillu se hospedó en unas cabañas de Sangatanga: inmediatamente le anunciaron

para el dia siguiente la visita del *mafuga* (mayordomo, chambelán, secretario y heraldo del rey Bango); pero nuestro viajero estaba rendido y hambriento, habia llegado la noche y solo deseaba cenar y acostarse.

Satisfecha la primera de estas necesidades, salió á inspeccionar las cabañas que ocupaban sus gentes y sus bagajes; y cuando hubo regresado á la suya, recurrió á un fósforo para encender una bugía.

Al mirar á su alrededor creyó ver debajo de su *akokó*, ó cama de bambú, un objeto brillante y suntuoso, al cual le dió gran importancia, pero cuando iba á prepararse la cama notó que aquel brillo era producido por el reflejo de la luz en las escamas de una monstruosa serpiente.

El primer movimiento del americano fue de terror. La serpiente estaba inmóvil, entre plegada y anillada á dos pies de él.

Dominando el primer impulso de miedo, pensó en tomar una de sus carabinas para dar muerte al monstruoso reptil; pero Chaillu habia colgado sus armas en la pared, detrás de la cama y entre ella y él se hallaba la serpiente.

Quedóse inmóvil, mirando á la puerta y á la serpiente, para huir si esta se movia, mas notando su perfecta quietud, se deslizó poco á poco, y mas muerto que vivo hasta la cabecera de la cama y tomó una carabina.

Rápido como el pensamiento inclinó el cañon, cuya boca casi tocó uno de los pliegues de la serpiente, hizo fuego y retrocedió hasta la puerta.

Todos sus negros acudieron veloces, creyendo que se habia cometido algun crimen, mas al ver la enorme serpiente que se agitaba con la mayor violencia á los pies del *hombre blanco*, huyeron aterrados.

El tiro habia dividido por medio á la serpiente y ¡cosa rara! en las agonías de la muerte, abrió su enorme boca, dilatóse la elástica piel de su cuello y devolvió un pato entero que debia haberse tragado pocas horas antes.

Chaillu arrojó fuera de su cabaña los dos trozos de la serpiente y medidos el dia siguiente, resultó tener 18 pies de longitud.

¡Así terminó aquella inesperada visita!

A la hora anunciada se presentó el *mafuga* del rey, encargado de saber quien era aquel *hombre blanco* y lo que pretendia, y en todo caso conducirlo á la presencia del monarca Bango, segun los negros, Pascal, segun los europeos que visitan aquellas costas.

Chaillu y el *mafuga* se encaminaron al palacio que ocupaba la cima del monte.

El *mafuga*, en señal de su gerarquía, llevaba en la mano y levantado sobre la cabeza el bambú—equivalente al cetro—del rey.

Este cifraba su orgullo en tener el mas numeroso harem de toda la comarca, y en efecto, sus esposas llegaban á trescientas, y vivian en un gran número de cabañas edificadas en la falda de la colina alrededor del palacio.

Consistia éste en una mala casa, construida sobre pilares y de dos pisos.

El inferior consistia en un espacioso salon, flanqueado por dos hileras de reducidos cuartos: en el fondo de aquel salon habia una empinada y oscura escalera, por la cual hubo de trepar Chaillu en pos del *mafuga*, que en aquel caso habia de introductor.

Llegado á lo alto de la escalera, encontráronse en un espacioso salon, que era el del trono, ó por mejor decir, el del sofá, cuyo mueble ocupaba el fondo del aposentado.

Sentado en él se veia al rey Bango ó Pascal, en medio de un centenar de sus esposas, teniendo á su lado á un intérprete y detrás á los principales dignatarios de su corte.

Era el rey un negro de mediana estatura, no de los mas limpios seguramente; su mirada era la de un estúpido.

Estaba vestido con una camisa remendada y un pantalón roto, y una casaca amarilla, galoneada de oro, despojo de algun lacayo de Lisboa ó de Rio-Janeiro.

Bango, á usanza de los reyes civilizados, tenia en la cabeza una brillante corona, regalo de algun negrero portugués.

Era de las que los cómicos usan en el teatro, y cuando nueva debia haber costado 8 ó 10 duros, pero Bango, encontrándola poco espléndida, la hizo añadir un cerco de oro macizo que podria valer 200 pesos.

Conociáse que el rey estaba orgulloso de su régio atalaje.

En la mano, á guisa de cetro, tenia una caña de bambú.

La mayor parte de las reinas vestian de seda: Chaillu fue presentado á la *primera mujer de Bango*, que era una vieja, sumamente fea y repugnante.

S. M. Bango I, quiso demostrar al hombre blanco que no era un estúpido como sus compatriotas, y se lamentó de la decadencia de la trata, acusando de ello á los ingleses. Agregó que habia vivido dos años en Lisboa, y que hablaba el portugués y entendia el español, el francés y el inglés.

Añadió que todas las cabañas que ocupaban la colina estaban ocupadas por sus mujeres, que eran trescientas, y sus hijos, que pasaban de seiscientos; que su pueblo

era muy numeroso, y que además de las gentes que veria contaba con doscientos hombres que en aquellos momentos tenia ocupados en la labranza, á algunas leguas del cabo.

El dia siguiente volvió á presentarse el *mafuga* á Chaillu, con objeto de anunciarle la próxima llegada de S. M., que se dignaba visitarle. Nuestro viajero obsequió al *mafuga* con un vaso de rom, y en agradecimiento á aquella bondad, le aconsejó que fuese atento y complaciente con el rey; pues era un monarca despótico, caprichoso, cruel y sanguinario, cuyo solo nombre hacia temblar al mundo.

Chaillu, sin amedrentarse, salió al encuentro de la régia comitiva y al poco tiempo vió desfilar una larga procesion, cuya cabeza la formaba el monarca, conducido por ocho negros sobre una hamaca.

Consistia esto en que S. M. no podia moverse y Chaillu creyó que el rey estaba borracho; pero se apresuraron á prevenirle que hacia ya tiempo que tenia paralizado todo un lado del cuerpo, incluso el brazo y la pierna del mismo, por lo cual no podia moverse sin ayuda de su servidumbre.

Colocado el rey en un asiento, rodeáronle las seis esposas que le acompañaban, provistas de abanicos de plumas; los individuos de la comitiva se colocaron respetuosamente detrás.

Antes de ponerse en marcha habian sido obsequiados con un refresco, y todas aquellas criaturas, hombres y mujeres, estaban medio chispas.

El rey estaba vestido como el dia anterior: solo habia mudado de corona. La que llevaba en aquel momento era tambien de oropel, mas los adornos de oro que le habian añadido valdrian hasta 1,000 pesos.

Chaillu deseó examinarla y Bango se la entregó al momento; mas apenas la hubo recuperado, púsose furioso, y gritó que nunca portugueses, españoles, franceses, ingleses y americanos se habian atrevido á tanto; y que aquello era un grande insulto para su dignidad.

Chaillu, algo inquieto, le contestó que su ánimo no habia sido otro que el de examinar de cerca una joya tan magnífica, que no la habia visto igual en ninguna corte de Europa.

El negro es esencialmente vanidoso y Bango I no solo se calmó en seguida, sino que le confió bondadosamente como aquella magnífica alhaja la debia á la esplendidez de un cierto don José, traficante de esclavos, muy conocido en toda la corte, y dueño de una de las mas fuertes casas de comercio de Rio-Janeiro.

El buen rey debia creer que el hombre blanco estaba encantado de su amabilidad y altamente satisfecho de su prolongada visita.

Mas por desgracia no era así: por el contrario, el denodado Chaillu, tan sereno delante de los leopardos y de los gorillas estaba aterrado...

Consistia esto en que una de las seis reinas que acompañaban al monarca, seducida quizás por las blancas carnes del extranjero, no solo le dirigia constantemente las mas insinuantes, las mas incendiarias miradas, sino que, tal vez cediendo á los efectos del rom que habia bebido antes de salir de palacio, se entretenia en golpear cariñosamente las piernas de Chaillu, dándole ligeros puntapiés.

Nuestro viajero temblaba, y con razon, de que el temido monarca llegase á notar las descaradas demostraciones de su cónyuge, y se indignase de aquellas negras coquetías.

Por si acaso opuso á las provocativas insinuaciones de S. M. negra, una honestidad enteramente blanca; es decir, una indiferencia estóica.

Afortunadamente, el soberano del cabo Lopez no hubo de reparar en ello, ó bien creyó que no era motivo bastante para incomodarse, y luego que hubo recibido de Chaillu dos piezas de muselina de algodón, coloradas, ínterin que sus esposas enloquecian con el regalo de algunas mazorca de tabaco, en vez del rom, que á grito herido exigian SS. MM., salió de la cabaña con todo su séquito y se hizo conducir á palacio.

Chaillu, dispuso que sus veinte negros despidiesen al monarca con una descarga de fusilería, cuya demostración halagó tanto á Bango I, que inmediatamente dispuso que aquella noche hubiese gran baile de ceremonia en su real alcázar, en honor del hombre blanco.

Cuando poco después de oscurecer se presentó nuestro héroe en el salon del baile, estaban ya allí todos los convidados; y reunidas en un grupo cincuenta ó sesenta esposas del rey, las mas jóvenes y bonitas y las tenidas por mas diestras en las danzas negras ó del país.

Inmediatamente colocaron en el centro del salon un barril de rom destapado, y empezaron los cantos, ó sea el concierto, en el que so'o tomaban parte las mujeres, después de haber apurado un par de vasos de rom.

El cántico era una especie de ritmo quejumbroso y discordante, del cual retuvo el viajero en la memoria como muestra lo que sigue:

«Mientras vivimos buenos y sanos,
Alegres cantemos, riamos, bailemos;

Tras la vida está la muerte;

Entonces se pudre el cuerpo y los gusanos lo roen,
Y todo acaba para siempre!»

Terminado el concierto, el rey, que permanecía en

(1) Véase el artículo primero *La elección de rey*.

un rincón con sus favoritos, dió la señal del baile, y todo el mundo entonó una canturía, á compás de los *tam-tam* ó tambores, y avanzando hasta el centro, seis de las reinas, empezó una danza, imposible de describir.

El que haya visto el fandango bailado por las gitanas y el *cancan* en los salones más despreciados de París, no puede ni aun formar idea aproximada de las lascivas posturas, de las obscenas actitudes con que SS. MM. en loquecían al resto de aquella escogida reunión, flor y nata de la aristocracia negra.

Aquel grupo fue relevado por otro, y así sucesivamente por espacio de dos horas: por supuesto que las libaciones de rom continuaban cada vez más copiosas y la alegría rayaba en verdadero delirio.

Chaillu quiso retirarse, pero el rey, que aun no estaba enteramente borracho, se lo prohibió.

Faltaba la escena principal.

Dos mujeres, muy jóvenes y muy lindas, avanzaron asidas de la mano, y colocándose delante de Chaillu, empezaron á bailar de una manera algo menos descompuesta que las otras grandes damas.

Terminado el primer paso se aproximaron al hombre blanco y le dijeron que eran dos princesas de la sangre (por no decir de la tinta), dos hijas de S. M. el rey Bango I, el cual las había elegido para esposas postizas de su huésped, si es que este tenía á bien aceptarlas.

Chaillu, tal vez por no irritar á la real conquista que hiciera aquella mañana, declinó semejante honor, sintiendo mucho que el color de aquellas dos princesas no le permitiese distinguir si se habían ruborizado ó no, al obedecer las órdenes de su augusto padre.

Finalmente, cuando la embriaguez hubo llegado á su colmo, cuando la atmósfera estuvo cargada de los pesados vapores del humo del tabaco y del rom, cuando era aquello una verdadera y horrenda bacanal, Chaillu logró evadirse de aquella aglomeración de diablos negros y se retiró á su casa, dudando si estaba despierto ó si era víctima de una pesadilla repugnante y espantosa.

Esto, sin embargo, no le impidió recordar el bonito regalo que intentara hacerle el monarca, otorgándole sus dos más lindas hijas de ébano, y á las cuales diera, despiadadamente por cierto, tan grandes é innmerecidas calabazas.

(Se continuará.)

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

LA CALIFORNIA Y SUS MARAVILLAS.

La California no escita ya la admiración del mundo como la escitaba hace unos quince años cuando llegó á Europa la noticia de que las arenas de aquel país suministraban cada mes 1.000,000 de duros. En el día nos hemos acostumbrado á oír hablar de las riquezas minerales de este nuevo El Dorado, porque con la misma regularidad que un día sigue á otro, la California continúa suministrando sus tesoros hasta producir anualmente 1.000,000 de duros en oro, lo cual ha aumentado la circulación de este metal y ha influido en el comercio del mundo.

La California debe en efecto su súbita fama á sus terrenos auríferos; estos han sido los que en poco tiempo han hecho acudir cerca de cien mil extranjeros á este país apartado que antes de 1848 apenas contaba unos veinte mil habitantes blancos. Sin embargo, su desarrollo sucesivo no será obra exclusivamente del oro, pues aunque se diga que la pendiente occidental de Sierra-Nevada á la que podría llamarse los Alpes de la California, oculta en su seno más de 5.000,000,000 en oro, queda siempre una gran riqueza en metales preciosos que podrá dar inmenso beneficio á todo el país. La costa de muchos centenares de millas de longitud que se extiende en la América occidental desde Colombia hasta la ciudad mejicana de Sinaloa y después hacia Chihuahua en el interior, es extraordinariamente rica en metales preciosos y aun al Norte del Oregon, en los ríos Thompson y Fraser en la Colombia inglesa, se hallan terrenos auríferos muy ricos. La California posee además plata, cobre, platino, hierro, plomo, etc.; tampoco carece de carbon de piedra ni de sal.

La explotación de esta riqueza mineral será siempre de importancia para el país, pero el desarrollo del mismo sería parcial si no tuviera otros recursos, mas la California los posee con tal abundancia que le prometen un porvenir brillante. La posición del país que ocupa una extensión de diez grados de latitud al lado del mar Pacífico no puede ser mejor; hacia el Oeste una cordillera de montañas que se extiende á lo largo, le separa del desierto del interior; multitud de ríos, algunos de ellos navegables, le atraviesan y riegan una parte considerable de su suelo, que es prodigiosamente fértil donde no le falta la humedad de la naturaleza, aunque el tenerla sea obra del hombre. La California que ha sido llamada ya varias veces «la Italia de América», está situada entre los 32° y los 42° de latitud Norte en una zona templada; su clima es sano, aunque desigual y en algunos puntos desagradable. Nada le falta para prosperar y posee medio millón de habitantes

sumamente industriosos y emprendedores que han acudido allí de las cinco partes del mundo. En los primeros ocho años que siguieron al descubrimiento del oro en sus arenas, la California dió un espectáculo penoso al mundo por la multitud de delitos de toda clase que se cometían en ella, pero sus habitantes fueron perdiendo poco á poco su carácter aventurero y el país llegó á estar en orden.

Hace ya algunos años que la mayor parte de sus habitantes se han dedicado al comercio, á la industria y á la agricultura por lo cual se ha logrado un bienestar mayor. En un principio á pesar de la fertilidad de su suelo se carecía de casi todas las cosas de primera necesidad porque la mayor parte de los brazos útiles se dedicaban al tráfico en las ciudades y á buscar oro en las montañas y en las orillas de los ríos, pero en el día se cuenta con los medios de subsistencia necesarios y aun se esporta á otros países el exceso de su cosecha; es verdad que la agricultura se halla todavía muy atrasada, pero sin embargo promete un progreso considerable. El suelo suministra toda clase de cereales y tabaco; en el Sur, algodón, vino y frutas de toda clase, dátiles, granadas, almendras, cañas de azúcar, bananas, etc. Hay frutas que llegan á unas proporciones colosales y á un peso que causa admiración. En octubre de 1856 hubo en San José una exposición de productos agrícolas como la que en el año anterior había habido en el Sacramento; entre otras cosas se veían las siguientes: un rábano de 73 libras, una zanahoria de 1 pie y 8 pulgadas de diámetro, 3 pies y 3 pulgadas de largo y 10 libras de peso; un tomate de 17 pulgadas de circunferencia; una calabaza de 144 libras de peso, una cebolla de 3 libras de peso y 22 pulgadas de circunferencia; un tallo de maíz de 21 pies y 9 pulgadas de alto; batatas de 11 libras y 2 onzas y de 24 libras; una patata de 7 libras y 3 cuarterones; racimos de uvas de 4 á 14 libras; un limón de 2 libras y 14 onzas; una manzana de 23 onzas y finalmente 17 sandías que pesaban juntas 550 libras. Esto demuestra de un modo evidente que con respecto á los productos agrícolas, la California puede competir con cualquiera otro país.

La California es también un país de importancia para el comercio y la marina, y sostiene relaciones con todos los principales puertos del mundo. La exportación del oro y todo lo que necesariamente depende de esto, debía bastar para darle importancia y para atraer allí un gran comercio; además la California tiene la ventaja de poseer en la ciudad de San Francisco un puerto que puede considerarse como uno de los mejores de toda la costa de la América occidental. Esta ciudad se eleva en el mar, en un punto donde hace diez y siete años no había más que algunas miserables chozas. En el día es la población mayor y más importante de América en el mar del Sur. Valparaíso en Chile y Lima en el Perú, parecen haberse reunido en ella desde hace ya algunos años. Ella es el mayor depósito para los Estados de las orillas del Océano al Norte de Méjico; ella recibe mercancías de todas las zonas del mundo y las envía á todas partes; es el punto donde se reúnen los balleneros para descansar y tomar nuevas provisiones; por medio de los vapores está en relación con Panamá y con todas las ciudades marítimas que hay desde allí hasta el estrecho de Puget; tiene también un camino real que va á San Luis, en el Missouri; las importantes islas de Sandwich, dependen comercialmente de ella y además San Francisco sostiene un comercio muy activo con el Asia, sobre todo con el territorio del Amur, con el Japon y con la China. Su población aumenta de día en día y con ella el círculo de sus negocios y de su actividad. Al presente cuenta más de 70 000 habitantes y aunque ha sido destruida por incendios repetidos, cada vez se ha reedificado de un modo más bello y más grandioso. En sus calles hay una grande animación y no carece de ciertos establecimientos que á veces suelen echarse de menos en ciudades más antiguas y de igual importancia.

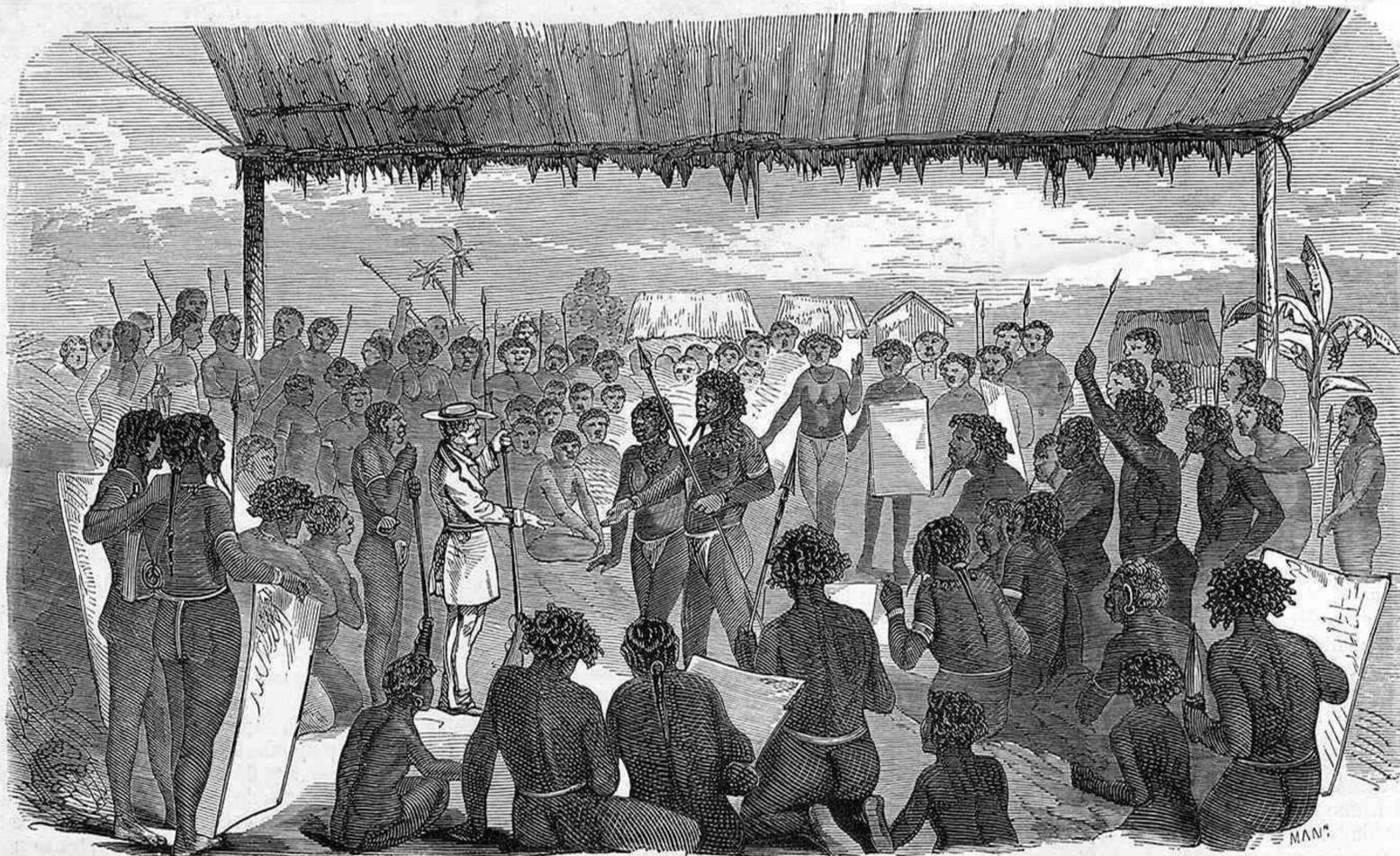
En la gran cordillera de montañas que atraviesa el estado de California de Sur á Norte en toda su extensión, se han hecho descubrimientos muy notables hace algunos años; no solo se ha hallado oro en las pendientes de los montes y en los ríos, sino que se han visto árboles que por su altura escenden en 200 pies á los árboles más gigantescos de la tierra y se ha descubierto una cascada que por su elevación deja atrás á todas las demás cataratas conocidas.

Yendo de San Francisco por el Sudeste hacia el interior, se llega á un distrito que los monges españoles y los pastores llamaron en otro tiempo el país de las Mariposas. Este país es en el día uno de los más ricos distritos auríferos de la California; su parte del Norte está regada por el río Merced, que sale del valle de Yosemite ó Yohamite. Durante algunos años los mineros han estado removiendo la tierra en la parte inferior del país y en las pendientes occidentales de la sierra, sin cuidarse de seguir el curso del río y subir á las frescas cumbres de las montañas, y sin embargo allí hubieran encontrado una maravilla que no había sido vista jamás por los hombres blancos; las magníficas cataratas del Yosemite descubiertas hace unos siete años. La región en que estas cataratas se precipitan en el valle desde un muro de rocas de unos 3,000 pies de elevación, merece una descripción algo detallada.

La región de las Mariposas empieza á corta distancia del pequeño lugar de Coulterville, que está á unas 16 leguas del valle de Yosemite. Allí en una altura comienza ya la región de los pinos, donde el coyote, al que se puede considerar como el chacal americano, disputa el dominio de la sierra al lobo gris; la vista se extiende sobre bosques inmensos; nubes de niebla rodean las alturas de los montes ó pesan sobre los valles, mientras que sobre las cumbres se ve un cielo de un azul purísimo.

El viajero que pasa por esta sierra no puede desconocer que el reino vegetal presenta aquí una división sucesiva, que tiene un carácter verdaderamente extraordinario. En la parte inferior dominan aun los árboles de mucho follaje; los robles, los plátanos y los abedules, son los más numerosos; después empiezan los pinos que forman una especie de cinturón de 5,000 pies de altura; donde estos cesan comienza la región de los árboles enanos, el tronco de los cuales tiene á veces un diámetro considerable; estos árboles crecen en un suelo tan blando y movedizo, que se puede hacer que se inclinen á un lado ó á otro, pero á pesar de esto la tempestad misma no puede arrancarlos, porque sus raíces, para las que el suelo no tiene aquí fondo, se extienden á lo largo en una distancia de 20 ó 30 varas, y se adhieren fuertemente á las piedras.

El tejido que forman es causa de que se hagan una infinidad de agujeros entre el musgo y las desigualdades del suelo, donde se reúne el agua formando cisternas naturales. Este cinturón de pinos enanos caracteriza la región superior de la Sierra Nevada. En las orillas de un pequeño lago que hay allí, crecen plantas alpestres pero sus flores son inodoras; por último, después de haber andado penosamente el camino se llega á una gran masa de rocas donde desaparece todo el verdor y donde no se ve más que una extensión desierta y agreste. Desde la verde pradera que hay en la parte inferior se halla un camino áspero pero transitable que por el otro lado sube hacia el arroyo de la cascada y sus afluentes. Después de haber pasado con grandes esfuerzos por muchas corrientes de la montaña se llega por fin á ver la gran muralla ó precipicio de rocas del valle de Yosemite y la catarata con su arco iris, la cual se destaca como una brillante faja de plata sobre el color oscuro de las piedras. Desde la parte superior de la cascada se puede ver el valle de Yosemite. El paisaje produce una impresión fascinadora que no se olvida jamás. La cascada se precipita desde una altura de 928 pies; el agua cae en el abismo sobre un ángulo de granito, y se divide al caer en varios brazos que á veces son impelidos aquí y allí por el viento. Con el resplandor del sol presenta los colores del arco iris y en derredor de la cascada hay siempre un ligero velo de niebla sonrosada, blanca y azul. De este modo está desde el principio de los tiempos; las cumbres y los picos de sus grandes rocas presentan un aspecto pintoresco y variado; estas piedras peladas forman un contraste muy marcado con las praderas de verde brillante y con el verde oscuro de los árboles de que está sembrado el valle. Así el río que desciende de los ventisqueros de Sierra Nevada, y que acarrea una cantidad considerable de agua forma una catarata que se precipita desde una altura mucho mayor que el Niágara. El espectador se aparta con pesar de esta vista que le ha cautivado; sin embargo, debe volver atrás por que le espera un espectáculo no menos grandioso. Delante tiene el llamado «Capitán del Yosemite», muro de rocas que desciende completamente liso é igual desde una altura de 3,000 pies; en el otro lado del valle, el cual en aquel punto apenas tendrá media legua de ancho, yacen montones de rocas hacinadas unas sobre otras las cuales forman picos ó torres elevándose hasta las nubes; estas rocas y el Capitán forman la llamada puerta de la Merced. Siguiendo á lo largo del valle se atraviesa el río que en algunos puntos se puede vadear con mulas y se llega á una casa construida por un anglo-americano desde la cual se vé completamente la gran catarata que se divide en tres de 1500, 400 y 600 pies de elevación. Este río que se precipita en el valle desde una altura de 2,500 pies que no está cortada más que dos veces, y que se ve desde lejos como una pequeña cinta de plata, arrastra una cantidad considerable de agua. No hay exageración en decir que esta catarata es superior á todas las del mundo; el Niágara no acarrea una cantidad menor de agua y es también grandioso y elevado, pero todos los viajeros confiesan á pesar de admirar mucho su catarata, que la impresión que produce la del valle del Yosemite es mucho más grande y más profunda. La campiña es agreste y muy pintoresca, los fenómenos atmosféricos extraordinariamente variados; la niebla toma en las montañas unas formas fantásticas; toda la comarca presenta un aspecto extraño á veces y de un mar de vapores salen caprichosas crestas de montañas. Los animales no están asustados aquí por el ruido de las armas de fuego; la civilización no ha alterado aun en nada el carácter salvaje y primitivo del valle del Yosemite; las aves acuáticas y los anfibios, principalmente los ánades, abundan mucho en el valle; la maleza de color de púrpura que no se halla en ninguna parte de América, crece aquí con profusión, suministrando un buen alimento á las grandes grullas.



COSTUMBRES AFRICANAS.—RECEPCION EN LA CORTE DEL REY BANGO

Todos los afluentes del Yosemite ó Merced tienen cataratas, porque esta es la region clásica de ellas. En la que hay cerca del South Fork, la piedra de granito forma cavernas sombrías y masas inmensas de peñascos yacen en gran confusion en el abismo por el cual el río se abre su camino para llegar al valle que está cubierto de flores y de verdor. Detrás se eleva el monte llamado la Catedral del Norte, que tiene la elevacion del Brocken de Alemania, es decir, mas

de 3,000 pies, con una especie de cúpula tan redondeada como la de la iglesia de San Pedro de Roma; pero sin embargo, el monte llamado Catedral del Sur, le escede en altura, pues se eleva á 4,700 pies sobre el valle, y su pendiente por el lado del Norte en su parte inferior forma un muro vertical y liso de 2,000 pies de elevacion. Este monte se alza magestuosamente en el punto en donde se reunen los tres brazos del río.

Hasta ahora se ha tenido al distrito de Calaveras,

que limita al Sur el condado de Mariposas, por el punto en que la tierra produce los mayores árboles; en el día se sabe que tampoco faltan en Mariposas. Botánicos, hombres de conocimientos especiales han demostrado que varios troncos del *wellingtonia gigantea*, que como gigantes entre las coníferas esceden aun al mismo pino de Lambert, tienen una altura de 500 pies, es decir, que llegarían á la aguja de la catedral de Strasburgo ó al extremo de la pirámide de Cheops. Uno de estos árboles cuenta, segun un cálculo hecho por las señales que presenta su corteza, 4,885 años, es decir, que brotó del suelo antes del nacimiento de Jesucristo. De otros de esta clase se dice que habian nacido ya cuando Moisés estaba en la cuna. Un testigo ocular hace así la descripción de uno de estos árboles pertenecientes á la *wellingtonia gigantea*: «No hay descripción alguna que pueda dar una idea exacta de estos árboles gigantes. Para medir el tronco tuve que dar 31 pasos, cada uno de 3 pies de largo. Antes de cortarle me fue preciso taladrarle, y esta operacion dió trabajo por espacio de 22 días á 5 hombres robustos. Cuando el tronco estuvo separado de su base, continuó manteniéndose recto en perfecto equilibrio, y los trabajadores necesitaron aun dos días para poder introducir el hacha por todos lados. Otro árbol tenía 310 pies sobre la raíz, 40 de circunferencia y mas de 12 de diámetro; este árbol se hallaba en un espeso bosque de pinos negros y de Lambert, y su corteza en varios puntos tenía un grueso de 15 pulgadas.» De esta clase de árboles no hay sin embargo muchos; en Sierra Nevada existían solo unos 500 esparcidos en una estension de 50 acres de tierra; entre ellos solo se encontraban unos 80 que escedieran de 300 pies de altura. Esta localidad tan limitada y el corto número de ejemplares existentes induce á creer que estos gigantes desaparecerán en breve; su reproduccion es extraordinariamente lenta; existen como una especie de eslabon que liga nuestros días con los tiempos primitivos.

A.

A LA LUZ DE MI QUINQUE. ESCENICIDADES.

I.

EL RECUERDO.

Si las sombras de la negra noche del olvido fueran eternas, envolvería en ellas mi corazón y mi pensamiento. Cansado el primero de sentir, desengañado el segundo de la loca vanidad de sus sueños de gloria, buscarían en brazos del presente indiferentismo las dulzuras de una felicidad tan querida como vanamente deseada, pero recuerdo... recuerdo sin cesar y ¿quién puede hallar tranquilo reposo cuando las multiplicadas imágenes del recuerdo deslumbran su vista y absorben su imaginación?

Lector, el recuerdo es la huella de la existencia, el satélite de la humanidad.



DESASTRES DE VICH.—PUERTA DE LAS TENERIAS, DIBUJO DEL SEÑOR PADRÓ.

Susceptible de toda forma, imitador de toda voz, se hace ver y oír involuntariamente.

Nace con el hombre, crece con él y haciéndose dueño de su corazón se adapta á todas sus afecciones, se confunde con el hombre de tal manera, que en el momento de espirar es el hombre mismo.

Por eso he creído muchas veces que el recuerdo era un ser.

Un ser fantástico, ligero, sutil, que nos sigue por doquiera, que alumbra nuestro camino, que ya se desliza por la superficie del agua como graciosa ondina,

ya se destaca del fondo del sombrío bosque como austero anacoreta; que ya se adhiere al muro de destruida mansión cual hiedra trepadora, ya se encierra en el vago sonido de lejana música; que ya se exhala en el perfume de una flor, ya viene oculto en fin en un suspiro del viento.

De cualquier modo que se anuncie llega al fondo del alma y allí nos hiere.

Inútil es que el deleznable fantasma del olvido luche con él.

El olvido es una aspiración de los corazones lacera-

dos y forma parte por lo tanto de las ilusiones y de los sueños.

El olvido no es verdad, sino como consecuencia del amor.

Que la juventud es tempestad deshecha de la cual el amor es el relámpago, el olvido el trueno y el desengaño la lluvia.

Las nubes se separan en la edad madura y queda solo ..

El sol del recuerdo enseñoreándose magistrosamente del horizonte de la vida.



LOS SPAHIS DE LA GUARNICION DE PARIS.

Nadie puede triunfar del recuerdo.

Si se corre entre su imagen y nuestra alma el tupido velo del sueño, envuelto entre sus sombríos pliegues se muestra á ella y toma acaso todas las gigantescas y horribles proporciones que la mente emancipada de la razón puede prestarle.

Si se le quiere ahogar con el idiotismo de la embriaguez, se le encuentra en el fondo de la anhelada copa. Esto no es decir que el recuerdo sea un fantasma repugnante.

Grandioso espejo que colocado delante del hombre refleja sin cesar su pasado, encuentra muchas veces panoramas amables y seductores.

Entonces forma uno de los placeres mas grandes, mas dulces, mas celestiales que puede sentir el alma. ¿Lo dudas lector?...

Sí: por tus labios resbala en este instante sardónica sonrisa.

El materialismo, rasgo característico de nuestra época, oprime tu corazón.

También oprime el mío muchas veces.

También yo he visto con indiferencia y desprecio la imagen de mi pasado.

Pero el recuerdo, conocedor profundo del corazón humano, se sabe revestir de tales formas, que el espíritu mas rebelde cae á sus pies.

Hay una sobre todo, una que no puede menos de embelarnos.

¿Quieres que te diga cuál es?

¿Quieres que te diga de que manera se presentó á mis ojos?...

Agena es tal digresión del objeto de mi artículo.

Mas considerando que invoqué al tomar la pluma á la escentricidad, merezco disculpa.

Además ¿qué tiene de extraño que al evocar la sombra del recuerdo se posesione del corazón?

El me guía en este momento ..

Era una noche.

Reinaba la mas completa oscuridad.

La ventana de mi estancia se hallaba abierta y daba al campo. Yo apoyado en ella aspiraba indiferentemente la perfumada brisa.

Poco despues mis ojos se fijaron en una tenue claridad que á lo lejos se divisaba.

Era la luna que iba á salir.

Al mismo tiempo resbaló por mi mente un recuerdo puro como su luz, misterioso como su soledad.

El recuerdo de mis primeros años.

Sentí una lágrima deslizarse por mis mejillas.

Y entre enojado y sorprendido la enjugé con presteza.

¡Hac'a tanto tiempo que no lloraba! ..

Pero aquel último esfuerzo del indiferentismo fue nülil ya.

Mi imaginación se turbó, y un mundo de recuerdos cruzó por ella.

Desde aquel instante, arrastrado, seducido, despojado por decirlo así de mi ser, volé en alas de mi pensamiento.

Y ví una enramada sombría, y las blancas paredes de una casa que se distinguían apenas entre las espesas copas de los árboles, y oí el murmullo de un arroyuelo, y sentí el perfume de las flores silvestres que brotaban al borde de su cristal.



Aquella era la mansion de la primera mujer que amé. Mi embelesado espíritu se complacía en recorrer enternecido las inmensas dulzuras que la luz de sus ojos le hizo experimentar, cuando una música trémula como el primer suspiro de un alma virgen, triste como el recuerdo de un bien perdido, dulce como el acorde del arpa de los ángeles, se dejó oír.

Y una voz suave como el trino del ruiseñor, tierna como el arrullo de la amante tórtola, acompañó aquella melodía verdaderamente celestial.

Quise entender la letra de la misteriosa cántiga, re- tuve el aliento, comprimí hasta los latidos de mi cora- zón y oí...

¿Dónde fué, noche serena,
tu amorosa poesía,
y el placer del alma mía
dónde fué?

¿Dónde fueron tus amores
corazón, tu bien querido,
tus suspiros y tus flores
y tu fe?

¿Qué voz era aquella que me venía á turbar? ¿Qué voz era aquella que despertaba en mi alma un senti- miento que yo creía estinguido? ¿Qué voz era aquella que evocaba la divina imagen de una mujer, ángel de mis sueños, única pero hermosa flor hallada en el ca- mino de mi juventud?

¿Necesitaré decírtelo lector?

No: ya habrás comprendido que aquel dulcísimo acento era el del recuerdo de mi inocencia; de mis pri- meras ilusiones, de esos suavísimos sentimientos se- mejantes solo al perfume de blanca azucena que oculta entre el follaje lo atraviesa y abre su corola para admi- rar las grandezas de la creación.

¿Y cómo extrañar que se le escuchara acompañado de angélicas armonías? ¿Cómo ha de presentarse ante el gastado corazón del hombre el divino sueño de su pureza, sino revestido de formas celestiales?

¿Qué había de hacer aquella sombra misteriosa sino preguntar al corazón de quien fue dueño, qué se hi- cieron sus amores, sus suspiros y su fe?

¡Ah! El recuerdo, no solo es eminentemente gran- de, sino eminentemente sabio.

Las lecciones de la experiencia son sus lecciones.

Y cuando no repite para conmovernos los piadosos consejos pronunciados por la tiernísima boca de una madre, compara los suaves goces del amor primero con la violenta agitacion de las pasiones.

El recuerdo como profundo filósofo nunca olvi- da que el amor primero es el aroma del alma que vuelve al seno de Dios.

Por eso es nuestro oráculo.

El nos guía en el áspero camino de la existencia.

En él se encuentra siempre la felicidad.

Para él son todos los actos de la vida.

Impalpable como el aire, pesa como él sobre nues- tras cabezas, y ya arruga las flores de la esperanza, ya impele las nacaradas nubes de la ilusión.

Santo y poderoso como la vara de Moisés, hace bro- tar lágrimas del corazón mas empedernido.

Disfrazado con la purpúrea túnica de la gloria, es el premio de las grandes acciones, y la aspiracion de los grandes genios.

Y así como la planta es el recuerdo de la semilla, y la flor el recuerdo de la planta, y el fruto el recuerdo de la flor,

El recuerdo de los placeres es el verdadero placer.

El recuerdo de la virtud es la virtud.

El recuerdo de la nada es el hombre.

Si hay quien duda de su grandeza, arroja á sus pies la historia del mundo; si hay quien desconoce su po- der, le somete á la horrible tortura del remordimiento; si hay quien niega su inmensidad le muestra el uni- verso.

Que el universo no es mas que el recuerdo vivo de Dios.

Pero Dios es inmortal.

Luego en su recuerdo debia haber algo inmortal tambien.

Este algo inmortal es el alma, recuerdo del hombre.

II.

LA MUJER.

Se llama *lema* un teorema poco interesante por sí, pero que se suele anteponer en algunos casos á otro teorema para evitar la repeticion de un mismo razo- namiento.

Se llama *teorema* una verdad que necesita demos- tracion.

Se llama *problema* una cuestion en la que se pide hallar una ó varias cosas desconocidas, fundados en otras conocidas que se llaman *datos*.

En compañía, pues, de estas definiciones y de tu atencion, lector paciente, que no has arrojado ya mi escrito en vista de mis impertinencias, voy á conside- rar matemáticamente á la mujer.

¿Te extrañan mis intenciones?

Medita breves momentos y comprenderás que para

juzgarla desapasionadamente se necesita armarse de toda la frialdad de la ciencia matemática.

Juzgada artísticamente, es bella.

Juzgada físicamente, es encantadora.

Juzgada literariamente, es nuestra musa.

Juzgada filosófico-materialmente, es un iman po- deroso.

Juzgada astronómicamente, es un cuerpo, que no por tener mucho de terrenal deja de tener algo de celeste.

¿Pero juzgada matemáticamente, qué es?

Para resolver este problema, necesito demostrar un teorema importantísimo.

Este teorema es el siguiente.

El destino de la mujer no es obra del hombre, sino de las circunstancias que concurrieron á su formacion.

Para demostrarlo antepondremos un lema.

El amor es la aureola de la mujer.

Esta proposicion es casi un axioma.

Nada hay mas sublime que una madre estasiada an- te la primera sonrisa del hijo de sus entrañas.

Nada hay mas bello que la imagen de la primera mujer que supo conmover nuestro corazón.

Nada hay mas ideal que la mujer, cuando trasforma- da en fiel trasunto de la caridad, dice palabras llenas de dulzura al desesperado enfermo que se agita en el mezuino lecho de un hospital.

Verdaderamente la mujer considerada bajo este pun- to de vista se eleva á una altura inconcebible.

No hay duda que convertida en madre es capaz de los mas grandes rasgos; pero ese cariño, esa solici- tud, esa abnegacion que se encarnan por decirlo así en su ser, son un sentimiento hasta cierto punto na- tural.

Aquel hijo á quien adora es como antes dije un pe- dazo de sus entrañas, aquel hijo es el recuerdo de su amor, aquel hijo es para ella una esperanza, y sobre todo la naturaleza misma la obliga á amarle... por que es su hijo.

Pero la hermana de la caridad que ama, que atien- de, que se sacrifica por el enfermo, que rechaza acaso sus atenciones; la hermana de la caridad que se olvida del mundo, del placer de sus mismas necesidades; la hermana de la caridad que abandona su patria, su ho- gar, sus afecciones, que arrostra la muerte, que ven- ce la repugnancia de su débil naturaleza, que renun- cia en fin á esas mismas dulzuras de la maternidad proclamadas por el mundo entero como eminentemen- te grandes, la hermana de la caridad ¿por qué senti- miento natural es impelida, qué esperanza la alienta, qué premio puede conseguir? Me faltan palabras para espresarme lector. No hay lengua humana capaz de explicar tanto heroismo. Si queda en tu corazón una chispa de fe, de esa fe generatriz del amor á Dios que impele á tan celestiales virtudes, ya habrás compren- dido todo lo que quisiera decir; sino...

Lo habrás comprendido tambien, pues no hay cora- zón que no se postre, que no reconozca que hay senti- mientos ante los cuales solo le es dado enmudecer de asombro.

Ahora bien, deten tu atencion por un momento y observa qué ley tan particular.

La mujer que como acabamos de notar puede ele- varse tanto, es de todos los seres de la creación el que mas puede degradarse. Solo en ella es posible la pro- stitucion.

¿Quién es capaz de explicar satisfactoriamente este misterio? Dije al principio de estas consideraciones que iba á demostrar que el amor es la aureola de la mujer.

Y creo que no necesitaré insistir sobre este punto.

Sin embargo, de deducion en deducion, he plan- teado un problema.

Averiguar las causas de la elevacion y del decai- miento de la mujer.

Mas como acabo de demostrar que el amor y la mu- jer son inseparables, el amor es visiblemente la incóg- nita que queremos despejar.

Pero aquí tenemos una misma causa produciendo dos efectos distintos.

Esto es un absurdo.

El amor que la deprime, debe ser distinto del amor que la ensalza.

Y así es la verdad.

Pero obsérvese otra extraña contraposicion.

El amor á la mujer la rebaja.

El amor de la mujer, emancipado de todo sentimien- to terrenal, la eleva.

Luego siendo la mujer capaz del bien y del mal, la causa que la conduce al mal es detestable.

El amor del hombre á la mujer es pues un senti- miento que carece de las escelencias con que nos lo han presentado hasta ahora.

De seguro se querrá combatir mi aserto con las imá- genes del amor puro.

El amor puro es una ilusión, que no por tener mu- cho de divina, deja de tener algo de desconsoladora.

El amor puro seria verdad si la mujer fuera impal- pable.

No siendo así, el amor puro es una magnífica aspi- racion de los corazones vírgenes, que tienen la con- ciencia de una perfeccion primitiva, de una tendencia á la divinidad, que no les permite comprender las *mi- serias* del humano destino.

Y no se crea por esto que yo digo que *no existe el amor puro*.

Sí, existe, sí; yo lo he sentido, tú tambien lo habrás sentido lector, pero sus sublimes imágenes ninguno las hemos llegado á tocar.

Tras de las nubes nacaradas y celestiales de nuestros sueños estaba oculta la realidad desconsoladora.

Y todos por ley natural hemos degradado á la mujer y nos hemos degradado nosotros mismos.

La castidad es pues su verdadero trono.

Quisiera insistir sobre este punto lector.

Quisiera demostrarte cuán tremenda es esa lucha entablada por el espíritu elevado, por la religion cris- tiana con la materia degradada por el primer hombre, mas no me atrevo.

Seria tan ardiente la protesta que mi cansado cora- zón elevaria al recordar esos sublimes momentos en que quiere tender sus alas y elevarse sobre las miserias del mundo, y amar con esa idealidad magnífica que concibe, que quiere espresar y no puede, ni encuen- tra ser donde dignamente depositarla; seria tan terri- ble la protesta que elevaria contra la prision que le en- cadena, contra la abyeccion que le persigue, contra la materia en fin que le abruma, que mi mano se detiene y mi pluma se postra ante esa misma grandeza que en vano ha intentado describir.

¡Oh! la mujer... la mujer!... ¡Si fuera la mujer tal como la concebía en mis primeros sueños de amor!...

¡Si fuera la mujer ese ángel, esa sombra divina, esa celeste aparicion que forma el ídolo de nuestros pri- meros años!...

¡Si no se la viera pasear despues como vivo cadáver mensajero de la vergüenza, tipo de la abyeccion, tra- sunto de toda la hediondez del vicio!... ¡Si comprendien- do entonces cuánto vale en ella la virtud al buscarla con ansia mayor, en vez de hallar en ella la frivolidad y el orgullo, se encontrasen rasgos ideales que forma- ran la magnífica contraposicion de la mujer degene- rada!...

¿Pero dónde voy á parar?...

¿Por qué deo que oscurezca mi vista la sombría nube de mis desengaños cuando rodeándome de la fria atmósfera de la ciencia he querido acallar mis senti- mientos?

¡Ah! perdona lector si me deo arrastrar por ellos, que aunque la firme voluntad los quiera comprimir, desbóndanse muchas veces haciendo bajar á la pluma la hiel del corazón.

Te dije que queria probarte que el destino de la mu- jer no era obra del hombre, sino de las circunstancias que concurrieron á su formacion.

Y ya comprenderás que es mi objeto responder á las continuas diatribas que al hombre dirige acusándole de tirano.

Ellas si que nos tiranizan...

Ellas si que fundan todo su orgullo en la esclavitud que su belleza nos impone.

La mujer es eminentemente reaccionaria.

Mas no quiero detenerme en arbitrarias considera- ciones. Retrocede algunos siglos, lector, colócate en el paraíso terrenal y observa.

Dios hizo al hombre de la nada.

A la mujer la formó del hombre.

Dios dividió la creación en siete partes y á cada parte la destinó un día.

A la mujer no destinó ninguno.

Dios, despues de crear al hombre, descansó como quien ha concluido su trabajo.

Luego en primer lugar el hombre existió sin la mu- jer, mientras que la mujer no pudo existir sin el hombre.

En segundo, la mujer no ha sido criada por inspira- cion de Dios...

Verdaderamente solo al hombre se le podia ocurrir tamaña sandez.

Dios, en castigo de ella, le quitó para formarla una costilla.

Adan al saberlo, dijo que era *hueso de sus huesos y carne de sus carnes*.

De modo, que segun Adan, Eva no fue mas que una escrescencia suya.

Ahora bien, y entre paréntesis, ¿no parece la mu- jer un apéndice de la creación?

Pero aun se aducirá como gran argumento que si Dios descansó antes de crearla, fue como para prepa- rarse á tan grande obra.

¿Y no pudo ser tambien porque satisfecho de ver concluido ya todo lo necesario, dejaba para cualquier otra ocasion lo accesorio?

Mas ya oigo decir que lo cierto es que el primer hom- bre no pudo vivir sin la mujer.

Pero esto no es decir sino que la mujer es una nece- sidad.

Si á Adan le hubieran entrado ganas de comer y no hubiera tenido boca, se la hubiera pedido á Dios.

Solo que esta necesidad como perentoria la hubiera sentido despierto.

La otra como secundaria la sintió soñando.

Luego lo que al fin y al cabo vino á tener Adan, fue una pesadilla.

Y tan horrible que le perdió verla realizada.

Sin la mujer estaríamos aun en el paraíso.

¡En fin: la mujer demostró lo que era olvidándose de Dios, del mundo y de sí misma, por un cacho de manzana!...

No prosigas lector.

He avanzado mucho en mis consecuencias.

Me estremecen mis deducciones.

Quiero dejarte.

Quiero conservar el último aroma de mi ilusión.

He sido muy cruel.

Muy sofista.

Muy...

¡Pero qué escucho! No solo no tratas de disculparte sino que quieres proseguir, y me recuerdas que te he prometido buscar la solución matemática al problema mujer.

Lector, no seas desapiadado.

¿No comprendes que la ciencia va á envolvernos en su atmósfera glacial? ¿Que no me conviene tanta frialdad al fin de mi artículo?

¿Eres inexorable?...

Pues bien: escucha.

La mujer es una *ecuación* que tiene muchas raíces *imaginarias*, aunque á primera vista hace creer que todas esas raíces son *reales*.

Si se considera bajo el punto de vista del amor es *recíproca*.

Si se la trata por el teorema de *Descartes*, tiene mas *variaciones* que *permanencias*.

Sus *funciones* no son siempre las mismas.

Tan pronto son *simétricas* como *derivadas*.

Tocante á la ingratitud es una *fracción continua*.

En sus relaciones con el género humano es simplemente una *tabla de multiplicar*.

Cuando el interés la guía en *progresión ascendente*, su vida es una *serie* de tropiezos.

Cuando la virtud *multiplica* sus afecciones el *exponente* de su *potencia* es *infinito*.

La virtud es la *esfera* de la mujer.

MANUEL VALCÁRCEL.

LOS SPAHIS.

En el verano último llegaron á París procedentes de Argel varios cuerpos de spahis, milicia indígena que los franceses han formado y agregado á su ejército. El objeto parecía ser que asistiesen á las grandes maniobras del campamento de Chalons. Poco tiempo despues de su llegada, tanto la tropa como los caballos, comenzaron á enfermar á consecuencia del cambio de clima y de la falta de aire en los cuarteles, y hubo necesidad de establecer para ellos un campamento en la llanura de San Mauro.

Allí mejoró su salud notablemente, y hoy esos cuerpos forman parte de la guarnición de París. Como han conservado el traje argelino, segun se ve en el grabado adjunto, son en muchos barrios parisienses un objeto de curiosidad.

Personas graves se lamentan de que la capital del mundo civilizado, como los franceses llaman modestamente á París, esté guarnecida por tropas de naciones bárbaras y extranjeras, como spahis, turcos, etc., etc. Síntoma es, dicen, de decadencia en un imperio admitir tropas de naciones extrañas que no están unidas al país por los vínculos de una nacionalidad común y á quienes el honor y el amor de la nueva patria no puede interesar grandemente. Recuérdase el tiempo en que los emperadores romanos dieron la guardia de Roma á los bárbaros de la Panonia y de la Iliria, á los dálmatas y á los galos, y las funestas consecuencias que esta medida atrajo sobre el imperio.

Pero creemos que todas estas son exageraciones de hombres clásicos, y que los spahis, turcos y demás tropas de este género al servicio de Francia se convertirán en verdaderos parisienses, si ya no lo son, á poco tiempo que lleven de residencia en la capital.

A. S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II (1).

Dejé, señora, mis paternos lares
En pos de vuestro auxilio soberano:
Dicen que consolais grandes pesares
Y que el llamaros madre no es en vano:
Dicen que de la vida en los azares
Tendeis al pobre bienhechora mano:
Dicen, noble señora castellana
Que mas que reina sois... reina cristiana.

(1) Esta poesía, que nos apresuramos á insertar por su belleza y por su sentimiento, nos ha sido remitida con la carta siguiente:

Señor director de EL MUSEO UNIVERSAL.

Muy señor mio: tengo el gusto de incluirle la adjunta copia de la composición que dediqué á S. M. la reina (Q. D. G.) para que si tiene á bien disponga su inserción en el ilustrado periódico que usted tan dignamente dirige.

Dicha composición ha sido admitida por nuestra augusta Soberana, de cuya inagotable clemencia no puedo menos de estar sumamente agradecida por haberme favorecido con 2.000 reales, para atender á mis necesidades mas perentorias, cuya circunstancia espero se dignará usted hacer constar.

Con este motivo tengo el gusto de ofrecerme de usted afectisima y S. S. Q. B. S. M.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

¡Yo, Isabel, en la tierra soy cual hoja
Que lleva el viento en su inconstante giro:
No hay quien mi llanto y mi dolor recoja
Ni un eco que repita mi suspiro!
De mi vida es inmensa la congoja
Porque al mirar doquier sola me miro:
Ya que cuanto yo amé, señora ha muerto,
Sembrad vos una flor en mi desierto.

No es dado á la criatura en su impotencia
Disponer de su vida á su albedrío:
Recibe del Eterno la existencia
Y no puede decir: ¡el tiempo es mio!
Una flor es la vida cuya esencia
No puede evaporarse en el vacío:
Dios dijo al hombre: «vive, savia toma;
Mas guarda para mí todo tu aroma.»

Dios nos manda vivir... y yo he vivido
Cumpliendo su mandato omnipotente;
Mas parece que el orbe conmovido
Ha venido á chocar contra mi frente:
Templos, bosques, palacios, luz, ruido,
En masa informe contempló mi mente;
Rindiéndose al dolor y á la fatiga
Porque una fuerza superior me obliga.

Grande era mi dolor; el pueblo en tanto
El nombre de ISABELA bendecía
Y su murmullo tierno, dulce y santo
Despertó mi aturdida fantasía:
Dicen, señora, que enjugais el llanto;
Dicen que sois del pobre faro y guía:
Por eso yo os imploro en mi querella
Como el marino á la polar estrella.

Pero ¡ay de mí! vuestra piedad imploro:
No os dije la verdad; ¡oh reina pía!
Pues no es verdad que solitaria lloro
No es verdad que la tierra está vacía:
Mi afán no supo hablaros de un tesoro
Que ha dado Dios á la existencia mía;
Grande es mi mal, muy grande, muy profundo,
Mas, reina, no estoy sola en este mundo.

Tengó una tumba donde el alma llora;
Tengo una tumba á quien contar mi pena,
Tengo una tumba que mi pecho adora,
Tengo una tumba que mi vida llena:
Mi madre, desde el cielo en donde mora
Rogará á Dios por ISABEL LA BUENA:
No oigais, señora, á esta infeliz que canta;
Pero á mi madre oid que fue una santa.

AMALIA DOMINGO Y SOLER

EPIGRAMAS.

Taconeando pasó
por la calle del Infante
un jóven muy elegante,
cuando resbaló y cayó.
Una moza, que á su lado
iba, dijo, echa la cruz:
—«Chica, apaga ya la luz,
porque el señor se ha acostado.»

Moviendo á compás la saya,
con su atavío completo,
á una maja vió un paletó,
y la dijo: — ¡Adios, tocaya!
La moza le respondió,
puesta en jarras y con sal:
—«Escuche osté, so costal,
¿me llamo Bárbara yo?»

Con la mantilla terciada
estaba Juana Palomo,
cuando el asistente Ponce
en ella clavó los ojos.
Despues se acercó y la dijo
como quien echa un pirolo:
—¿Mi prenda, sirvo de argo?
—Sí, señor.

—¿De qué?

—¿De estorbo.

LUIS RIVERA.

DSCHELLALEDIN.

CUENTO RUSO.

(CONTINUACION.)

—¿Y Ludmilla?
—Ludmilla es vuestra. A principios del invierno
tengo que hacer un viaje á Petersburgo. Allí os daré á
ambos mi bendición.
—¿Hasta el invierno faltan todavía tres ó cuatro meses!

—¡Oh juventud! Ludmilla no puede emprender tan
largo viaje hasta que no se haya restablecido comple-
tamente. Vos no querreis que se muera...

Semejante tardanza desesperaba al jóven, mas era
preciso ceder á la necesidad, y se retiró al aposento de
su futuro suegro.

La salud de Ludmilla se restableció; poco á poco le
fueron contando lo que sucedía. Desde entonces se en-
tregó á los sentimientos que se habian apoderado de
ella. Volvió á ver á su amante, cuya presencia fue para
ella mas eficaz que todos los remedios prescritos por los
médicos.

Dschellaledin habia abandonado la casa paterna.
Tschagir-Agadir supo en breve la causa de su ausencia
y le mandó que volviera á su casa. Dschellaledin recibió
con dolor esta orden, pero permaneció firme en su re-
solucion. Ludmilla le enseñaba ya los preceptos de su
nueva religion. El la escuchaba atentamente, repetía
con la ingenuidad de un niño las oraciones cristianas,
y algunas veces le decia: Hasta ahora, cuando queria
rezar, me volvía hácia la Meca; en adelante me volve-
ré hácia tí, hácia tí, que eres la aurora de mi nueva
existencia.

La víspera de su partida, fue Dschellaledin á despe-
dirse de la familia en la que habia puesto todas sus es-
peranzas. El coronel le dió una infinidad de cartas de
recomendacion. Anissia le entregó las señas de varios
almacenes, donde debia hacer muchas compras, en
cuanto llegase, prometiéndole que le enviaria el im-
porte á la primera ocasion.

En un cuarto pequeño estaba Ludmilla, sentada jun-
to á la ventana, al pie de una imágen de la Virgen.
Desde la ventana, se veian las cimas de las montañas,
donde habia nacido Dschellaledin. Todo estaba tranqui-
lo; tan solo se oía el murmullo de un arroyo que cor-
ria bajo las ramas de las vides.

Dschellaledin se acercó á ella.

—He hecho por tí muchos sacrificios, le dijo, pero
el mas penoso de todos es el separarme de tí. Ludmilla,
si llegases á olvidar mi amor, ni en este mundo ni
en el otro habria castigo bastante cruel para tí.

—Cámbiese la bendición de mis padres en maldicion,
si todos los latidos de mi corazón no son para tí solo.
Por donde quiera que vayas y sea cual fuere tu suerte,
tuya soy, en todas partes, hasta la tumba. Dschella-
ledin, quiero hacerte un regalo. Por nada en el mundo
me hubiera separado de esta reliquia: es la última dá-
diva de mi pobre madre moribunda. ¡Ojalá te traiga la
dicha y te haga de continuo acordarte de mí!

Desató de su cuello una cruz de oro y la puso sobre el
pecho del príncipe.

—Ahora, estamos desposados, estamos unidos por
un lazo que nada puede romper. Te pertenezco para
siempre.

—¡Ludmilla mia! murmuró Dschellaledin, cogiéndola
en sus brazos. Y por primera vez se confundieron sus
almas en un beso ardiente. En aquel momento se oyó
en el jardín un suspiro y un ruido leve. Al través de los
árboles se distinguió un velo blanco y una voz temblo-
rosa, dijo en lengua tártara: Sé feliz Dschellaledin.

—¿Eres tú, Emina! ¿Cómo estás aquí?

—He tenido que valerme de la oscuridad para llegar
hasta tí. Los criados de nuestra casa me habrian visto
de dia. Te traigo un encargo de tu madre.

—¿Quién es esa jóven? preguntó Ludmilla con in-
quietud, no comprendiendo aquellas palabras. ¿De dón-
de viene? ¿Quién es?

—Nada temas, es la hija del hermano que he perdi-
do... Habla Emina.

—Nos han dicho que te marchas mañana á la tierra
de los *giours*, que quieres separarte de los verda-
deros creyentes y hacerte tú mismo *giour*. Tu madre
baña con lágrimas tus pies y te suplica por los rayos
del dia, que no te precipites en la perdición. Abandona
á los cristianos y vuelve al seno que te ha criado.

—No puedo, Emina, no puedo.

—Ella te pide que vuelvas; reunirá en tu harem á
todas las mujeres hermosas de la Georgia y de Stambul.
El príncipe se sonrió con desden.

—Dschellaledin, tu padre te amenaza con su maldi-
cion. Tu madre queria venir, pero ya sabes que es an-
ciana; el dolor ha acabado de agotar sus fuerzas. Está
muy enferma.

—¡Ah! ¡Ludmilla, Ludmilla! exclamó el príncipe
poniendo la mano sobre su corazón, como si quisiera ar-
rancarle de él un dardo mortal.

—Ven á lo menos á aplacar la ira de tu padre y á cer-
rar los ojos de tu madre.

—No, Emina, es imposible: abandonaria gustoso mi
vida para calmar á mi padre, para salvar á mi madre;
pero no puedo renunciar á la vida de mi alma. Cuida á
mis pobres padres, ámalos, haz que no caiga la mal-
dicion...

Y al pronunciar estas palabras, se volvió para ocul-
tar las lágrimas que anegaban sus ojos.

—Escucha, Dschellaledin, aun no he concluido: tu
madre ha sabido que algunos hombres debian esperar-
te en el camino... ten mucho cuidado y toma otro cami-
no. Cuando me he separado de ella, me ha dicho: «Si
no pueden ni ruegos ni lágrimas volverlo á nosotros,
dile que no puedo dejar de amarle y de hacer votos por
él.» Me ha encargado tambien que te entregara estas



DESASTRES DE VICH.—DEMOLICIONES DE LA CALLE DE SAN FRANCISCO, DIBUJO DEL SEÑOR PADRÓ.

joyas que ya no necesita, y que pueden servirte en país extranjero. Hélas aquí. ¡Adios, adios, Dschellaedin!

—Espera, Emina; ¿á dónde vas?

—Me vuelvo á casa.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Y no temes algun encuentro?

—Llevo un puñal.

—¡Niña! Espera y te acompañaré

Se lanzó al jardín, pero la jóven había desaparecido. Al dia siguiente, llevaba un coche á Dschellaedin á países extranjeros.

Rusia había declarado la guerra á la Puerta; las tropas estaban en movimiento y la mayor parte de los generales se habían unido al ejército. A su llegada á Petersburgo, no encontró Dschellaedin mas que á unas cuantas personas á las que había sido recomendado. Tuvo, sin embargo, la dicha de hallar al conde de... que le recibió con suma bondad.

El aspecto de Petersburgo, el movimiento de la capital, sus anchas calles, sus edificios públicos, sus palacios, sorprendieron y admiraron al jóven extranjero, que no había nunca visto nada mas hermoso que Bachtchisserai. Al poco tiempo se ensanchó tambien el círculo de sus relaciones. Las grandes ciudades están llenas de gente ociosa, que busca con avidez todo lo que puede divertir la monotonía de su existencia. Un príncipe tártaro era entonces una aparicion curiosa en Petersburgo. Este llamaba además la atención por su novelesco amor. Fue convidado á una infinidad de comidas y de reuniones: la gente habló mucho durante algunas semanas de su fisonomía y de su carácter; y al fin nadie pensó mas en él.

Dschellaedin perdió completamente en Petersburgo las prevenciones que aun le quedaban contra Rusia, y cuanto veía aumentaba en él el deseo de instruirse, para hacerse mas digno de Ludmilla. El conde de... , hom-

bre muy ilustrado, le animó en tan laudable resolucion y le dió excelentes consejos.

Asi se pasó el invierno. Varias circunstancias obligaron al coronel á retrasar su viaje á Petersburgo. Dschellaedin, no pudiendo sufrir mas dilacion, queria ir á unirse á su amada. Pero estaba ya sujeto por los lazos del mundo y del estudio. Otra razon le contenia tambien: las tiernas y respetuosas cartas que había escrito á su padre, habían quedado sin contestacion; sus amigos, sus parientes no querian oír hablar de él. No tenia mas que un consuelo y una alegría, el escribir á Ludmilla y recibir cartas suyas. Un dia le escribió el príncipe estas dolorosas líneas: «Ludmilla, mi única amiga, sostenme con tu amor. ¡Cuán terrible noticia he tenido! Mi padre ha tomado las armas contra Rusia. Se ha aliado á los turcos, ¡á los turcos! que asesinaron á mi hermano. Combate con ellos, ha abandonado su casa para seguirlos. ¿Qué ha sido de mi madre? ¿Qué ha sido de mi sobrina? dímelos. No puedes imaginarte lo que me ha trastornado este suceso. ¡Ay! da un golpe fatal á nuestros proyectos. Mi padre ha dispuesto en favor de un pariente lejano de la mayor parte de sus bienes, quizá de todos. Me han aconsejado que entable un pleito contra ese pariente; pero no tengo valor para ello. He podido luchar contra mi padre cuando queria alejarme de tí; no puedo oponerme á su voluntad cuando tan solo se trata de dinero.

«Soy jóven, fuerte y resuelto y ahora rige un gobierno que sabe recompensar los servicios que se le prestan. En cuanto á mí, nada necesito.»

«Tú eres mi riqueza, mi honor; mas no quiero que por mí te veas en la pobreza. Quiero rodearte de esplendor como tú me has rodeado de felicidad. Para esto, es menester aplazar nuestra union. Rusia está en guerra por dos partes; voy á lanzarme á la guerra. Me querian enviar á Turquía, mas he pedido que me dejaran servir contra Suecia. Allí, á lo menos, puedo comba-

tir sin temor de encontrarme con mi padre. Mañana salgo de Petersburgo; cuanto mas peligrosa sea la lucha, mas honor se alcanzará en ella. Quiero llegar á tí por medio de la gloria que rodea el peligro. Mas si muero en tierra extranjera, no me olvides. Créeme, cada lágrima tuya caerá sobre mi polvo, y tu mirada me seguirá hasta el mundo de las estrellas.»

El noble jóven se lanzó, como lo había dicho, al campo de batalla. Esponia su vida por aquella á quien tantos sacrificios había ya hecho. Un pensamiento continuo le animaba, el pensamiento que había vencido en él todos sus sentimientos de familia, de patria, de religion.

En la difícil expedicion que había emprendido, halló por todas partes ocasion de distinguirse. Su coronel elogiaba su valor. Por fin en una batalla cogió á los suecos una bandera, dos cañones, y cayó cubierto de heridas, entre los brazos de sus camaradas.

Sus heridas le tuvieron algun tiempo en el hospital. Cuando salió de él, le dió el general en jefe la cruz de San Jorge, y le aconsejó que dejara temporalmente el ejército, para restablecerse por completo.

La noche iba llegando; un viento agudo venia del mar; pardas nubes flotaban por encima de las montañas. Los bosques habían ya tomado ese color amarillento que anuncia la llegada del invierno.

Los valles estaban aun verdes y salpicados de algunas florecillas. Por los valles y por los sotos corrían caballos salvajes. En el camino desierto resonaba el ruido de un coche y los gritos del postillon que daba latigazos á los cansados caballos. En lo alto de una colina, se salió del eje una de las ruedas del coche. Era imposible volverla á poner: un viajero abandonó con muestras de impaciencia su equipaje al postillon, desenganchó uno de los caballos y partió. El pobre animal estaba tan cansado que apenas podía andar. El viajero, á pesar de sus vivos deseos, tuvo que resignarse á seguir paso á paso la senda.

Se dirigia al valle, pensando en la morada del único objeto de sus deseos. De pronto lanzó el sol poniente su último rayo sobre los bosques y los prados, y por fin aquella luz ténue se fue apagando hasta que reinó profunda oscuridad. Se hubiera dicho la última sonrisa de un amigo envuelto en las tinieblas de la muerte. El viajero se sintió sobrecogido de una tristeza inconcebible. Se acercaba, sin embargo, á su término, iba á ver á aquella que debía con un beso recompensarle todos sus sufrimientos. ¿Por qué, pues, está su corazon tan pesado? ¿Por qué no se atreve ya á fiarse en la felicidad? Los recuerdos de lo pasado se juntan en su mente con los sueños que ha tenido de lo futuro; y á pesar suyo, suspira. El cielo, sin embargo, se oscurece mas y mas: espesas nubes cubren el horizonte; el viento agita las ramas de los árboles y se lleva torbellinos de hojas secas; los gritos lúgubres de las aves nocturnas se mezclan con los silbidos de la tormenta. El jóven pasajero siente como pavor, se emboza en su capa, y aviva el paso del caballo para salir cuanto antes del bosque.

Al poco tiempo distingue los minaretes de su pueblo, y las luces que brillan en las casas de los tártaros. Mas ¿qué va á encontrar? ¿dónde están sus padres, sus amigos? Quizá su madre vive todavía y su madre no le negará sus cariñosas palabras. Se adelanta, echa en derredor suyo una mirada inquieta: á los rayos fugitivos de la luna que de pronto atraviesan las nubes ¿qué vé? En el sitio de la casa paterna, paredes arruinadas, vigas quemadas y un monton de ruinas.

(Se continuará.)



ALMANAQUE LITERARIO

DE

EL MUSEO UNIVERSAL

PARA EL AÑO 1864.

Escrito por Breton de los Herreros, Carlos Rubio, Monlau, Ruiz Aguilera, Alarcon, Palacio, Arnao, Ribot y Fontseré, Fernandez Cuesta, Janer, Fernandez y Gonzalez, Albuérne, Garcia y Santisteban, Bekquer, Cuenca, La Rada y Delgado, Frontaura, Gonzalez de Tejada, Martinez Pedrosa, Castillo y Alba, Picatoste, Navarrete, Rivera, Bustillo, Puente y Brañas, Palau, Blasco, Sainz Pardo, Valcárcel, Villar, Chico de Guzman, etc., etc.

Se halla en prensa y se repartirá á la mayor brevedad á los suscritores que pertenecen á la suscripcion para 1864.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR, IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 4.